

FACUNDO

Al cabo de estos principios, el general que firma y sus bravos han jurado no largar las armas de las manos hasta que el país se constituya según la expresión y voto libre de la República.

JUAN FACUNDO QUIROGA

CRITICA Y POLEMICA

Director: SAUL TABORDA

Año I - No. II - Junio 15 - 1935

ESQUEMA DE NUESTRO COMUNALISMO

Algunos juicios emitidos con motivo de la aparición de FACUNDO, por personas de estimable solvencia mental, nos han advertido de que nuestro designio no ha sido comprendido en todos sus alcances. En el más madrugador de esos juicios, se nos atribuye gratuitamente una concomitancia con ciertas aposturas favorables a una política de fuerza. En los otros, se considera que nuestra actitud responde al exclusivo propósito de reivindicar a Juan Facundo Quiroga.

Ni lo uno, ni lo otro. Nuestro objetivo central apunta a una tarea mucho más amplia que la que consignan dichos juicios. De la política de fuerza hablaremos a su tiempo. Por lo que concierne a las presuntas rectificaciones históricas, es inevitable que en el curso de nuestro desempeño roecemos, de un modo más o menos directo, el tema biográfico; pero, en todo caso, lo será virtualmente, sin detenernos siquiera a acentuar la reacción del sentimiento del lesionado por las calumnias y los errores oficializados que gravitan sobre la memoria del héroe. Facundo está por arriba de esas calumnias y de esos errores. En cierto modo, Facundo no sería Facundo si el propio sentido de lo heroico que lo define no diese pábulo a las razones de esas calumnias y de esos errores. El juicio equivocado procede de él mismo por el solo hecho de que él condena y resume el fondo esencial de nuestra historia. Ya la intuición genial de Sarmiento alcanzó esta verdad cuando, reconociéndole como "la figura más americana que la Revolución presenta", le señaló enfáticamente como el poseedor del secreto "vivo en las tradiciones populares, en la política y revoluciones argentinas", y le demandó la clave de la vida secreta que mueve y preside nuestra historia. Lo que nos interesa ahora es, pues, lo facúndico. Lo facúndico en cuanto siendo, como es, la substancia viva y eterna de nuestro ser, ha intervenido en las gestaciones de las estructuras asumidas hasta hoy por el hombre argentino y, cada vez con mayor eficacia, nutrirá, por los siglos de los siglos, las figuraciones que ese hombre cree en todos sus tiempos históricos.

Pués, mientras más se aclara y se afina nuestra conciencia histórica por obra del análisis de nuestra propia expresión, más clara y más finamente percibimos que todas nuestras transformaciones políticas giran en torno a esta raíz esencial. La voluntad de Mayo y sus antecedentes coloniales, las luchas locales que constituyen eso que nuestros historiadores llaman la anarquía del caudillaje, la tiranía rosista y la organización nacional la aluden, con mayor o menor autenticidad, según que se inspiren en sus directivas o le sean infieles por incompreensión o por el designio de negarla. Cuando Sarmiento se empeñó en que las comunas argentinas cobraran unidad política, hizo política facúndica; pero la hizo en nombre de una cultura de colonización que hoy, a la luz de lo facúndico, consideramos inadecuada. En nada se patentiza mejor su equivocada actitud que en la tesonera afirmación de sus pobres ideas pedagógicas con las que disimuló un propósito más político que pedagógico, conducido de acuerdo a la táctica puesta en vigencia por las ideas docentes de Condorcet. Para allanar el camino a la unificación nacional, su espíritu vehemente y

alucinado comenzó negando a Facundo. Convencido de que Facundo constituía el obstáculo más serio para la unidad anhelada, cometió el error de no ver que Facundo — 'lo facúndico' — era la única y la más segura condición de esa unidad. Aún habiendo alcanzado que Facundo era el poseedor del secreto y de la clave de nuestra vida, se dió a la extraña tarea de condenar nuestra vida al negar su secreto y su clave. Facundo se negó a sí mismo. Se negó a sí mismo en un duelo paradójico consigo mismo. Pues, tanto Sarmiento como el personaje de su extraordinario panfleto, eran una sola y misma expresión de lo facúndico radical, y así se explica que, a lo largo de la dramática empresa, su personaje haya quedado más erguido que nunca, más que nunca desafiando y excediendo a todos los Sarmientos habidos y por haber.

La cultura pragmática y utilitaria que presidió nuestra unidad nacional, a favor del improbo e inútil afán de negar nuestra idiosincracia facúndica, está mostrando su endeblez y su ineficacia para llevar adelante su cometido. Todo su aparato constitucional se resiente y se rompe por causa de sus vicios redhibitorios. Su dislocamiento es un hecho. De aquí que en la hora de su inevitable derrumbe, las reservas vitales destinadas a transmutar valores y a reemplazar los resortes políticos perimidos, apelen a nuestra substancia genésica y nos fuercen a retomar el hilo de nuestra expresión para recomenzar la tarea infinita. ¿Que hilo? El del secreto y de la clave. El de la substancia eterna, nutricia de nuestro heroísmo.

Otra vez lo facúndico se hace presente. Si; otra vez lo facúndico, porque, cualquiera sea la forma destinada a sustituir la estructura en falencia, necesitará pedir a lo facúndico su secreto y su clave. El propio marxismo, si ha de traernos las nuevas formas políticas de que está grávida la historia contemporánea y que su doctrina anuncia a todos lo que esperan justicia, no escapará a su ley. Será por ella, o no será. Cuajará en figuraciones auténticamente nuestras, ayudará a partear instituciones originales, en la medida en que guarde fidelidad a la fuente nutricia de la idiosincracia nativa. De lo contrario, no significará otra cosa que una nueva desilusión para el obstinado idealismo que mueve nuestra alma en la búsqueda incesante de derroteros humanos.

Por esto mismo importa examinar el fenómeno político argentino en aquellas estructuras concretas — la comuna, la cultura, el caudillo, etc. — decantadas antes de la voluntad de Mayo y después de este acontecimiento. Se suele considerar a este acontecimiento como nuestra fe de bautismo; pero nuestro meollo histórico — lo facúndico, — es algo que procede de la entraña viva de la hispanidad.

Defengámonos, pues, someramente, en el tema de la comuna, necesario apronte para tratar el tema del caudilló, esto es, del hombre típico que ella procrea y que, a su vez, reacciona sobre ella y sobre las manifestaciones de su cultura.

De un modo general, una comuna es un grupo humano caracterizado por una continuidad de acción que liga un pasado a un presente con posibilidades dispuestas y arrumbadas hacia el futuro. Preside su vida una constante dirigida voluntariamente hacia fines ideales.

En razón de que está constituida por hombres — por hombres acordados socialmente en una determinada solución al problema planteado por los términos cardinales individuo-comunidad —, el grupo es una manifestación de lo político. ⁽¹⁾ Aún en aquellos estadios de su desarrollo que no pueden llamarse propiamente estaduales, si los juzgamos a la luz del concepto del Estado elaborado por el pensamiento de Occidente, la comuna es un producto político, tanto más acentuadamente político cuanto más originario y genuino. Mientras más profundamente se descende en la historia — sostiene Koigen — tanto más se percibe en los acontecimientos en los cuales por primera vez se forma el poder estadual, el lazo histórico vivo, pleno de destino común, que cohesionan las "especies de individuos" que constituyen un grupo. Es un error procedente de un excesivo apego a la reflexión de base conceptual aquel en que incurren pensadores del rango de Oppenheimer cuando solo encuentran organización política ahí donde el Estado señorea sobre el "medio político", que él define como la apropiación sin compensación del trabajo de otro. Las agrupaciones sociales primitivas — tribus labradoras, tales como las peruanas anteriores a las invasiones de los incas — carecen, sin duda, de Estado en el sentido que dan a esta palabra las doctrinas políticas actuales, en las que juega un rol preponderante la idea poliarcética; pero no por ello carecen de política. Acusan una forma de vida sedentaria que, o bien puede provenir de una anterior actividad nómada, o bien puede preparar empresas beligerantes. El Estado no agota el fenómeno de lo político. Ni es tampoco su expresión más original. En todas sus manifestaciones históricas, es el resultado de una acción inicial emprendida por agrupaciones locales — clanes, familias, tribus, — con el propósito de alcanzar un fin común de índole política. Alcanzado ese

fin, — sea mediante alianzas, federaciones o ligas para empresas externas más o menos duraderas y permanentes — lo substancial político continúa nutriendo, como la savia a la planta, al genio nativo particular.



Lo que operó con mayor eficacia en el proceso de descubrimiento y de penetración de los territorios del Nuevo Mundo fué el fondo nómada de los conquistadores. En puridad de verdad, no descubrió y penetró estos territorios un pueblo sedentario sino un pueblo nómada. En el penetrante ensayo que Francisco Ramos Mejía dedicó a nuestro federalismo, una certera intuición de auténtico historiador le llevó a indagar nuestros antecedentes localista en la fisonomía nómada de los pueblos que poblaron la península ibérica desde muchos siglos antes de Cristo. Para justificar nuestro aserto no necesitamos recular tan atrás: pero importa observar que la vida comunal, siendo en mucho anterior a los Reyes Católicos, subsistió a la unidad política lograda por estos, más viva y más lozana después de Villalar, y que subsistió en términos tales que infundió alientos incontrastables a la lucha de la Reconquista y a la empresa del Descubrimiento. Ningún otro pueblo que no fuese España, pudo realizar esta hazaña porque, en su tiempo, era el único pueblo henchido de voluntad histórica. Francia pudo acometerla; pero no la intentó porque, por lo mismo que era ya un pueblo de acendrada cultura, era sedentario. El Descubrimiento y los hechos de la conquista fueron realizados por un pueblo salido de su propio solar, impulsado por el espíritu de la aventura — que es ya actitud histórica —, templado para las epopeyas heroicas por una guerra de ocho siglos, trémulo de tensión mística resuelta en una voluntad disparada hacia dimensiones inéditas y dispuesto, en todo momento, a quemar las naves del crucero para cerrarse las posibilidades de un retorno inavenible con el ímpetu de su gesto.

La conquista de América fué un hecho político y, por eso mismo, histórico. Político-histórico, a semejanza de la conquista de Canaan por los hebreos expulsados de Egipto. Como hecho de nomadismo triunfante, sus resultados ulteriores se decantaron en empresas colonizadoras. Una de esas empresas fué la fundación de ciudades.

Ciertamente, la fundación de centros urbanos no es algo que entre de ordinario en las inclinaciones del nómada; pero, en el caso de los conquistadores hispanos, la fundación de centros urbanos obedeció a circunstancias insalvables. La enorme vastedad de los territorios avasallados, el estado permanente de guerra con los pueblos indígenas desposeídos, las dificultades de las comunicaciones y la propia necesidad de establecer bases de castrometía y de operaciones exigieron esas concentraciones de poblaciones. Por una especial coincidencia, aconteció en América lo propio que aconteció en España durante el largo y rudo lapso de guerra con los moros. Pues, también en la península, las ciudades nacieron de las necesidades impuestas por el estado de guerra que, impidiendo la diseminación de gentes por la campaña y las labores agrícolas y pastoriles, provocaron la fundación de burgos y de castillos destinados a protegerse de los ataques del adversario en acecho.

Como creación del espíritu nómada, las ciudades y villas americanas extendieron su radio de influencia y de protección a territorios considerables y favorecieron con eficacia las faenas rurales — estancias ganaderas-agrícolas y laboreo de minas — adecuadas a las diversas zonas de los dominios reales, así como las permanentes operaciones militares de nuevas conquistas y de conservación de los territorios conquistados.

A consecuencia de esta actividad, cumplida durante tres siglos a la sombra de estos bastiones, el nomadismo conquistador cuajó en un tipo de vida de estilo feudal. Si en la formación del castillo feudal — producto de los pueblos nómades que irrumpieron sobre Europa, en el ocaso de la civilización romana —, asistimos al hecho político en cuya virtud la autoridad se concentró en una persona — el barón —, en la formación de nuestros incipientes centros urbanos asistimos a la aparición de un tipo de jefe que es el caudillo. El caudillo, como el barón, no es un hombre de la cultura; es un hombre de acción, un hombre de fuerza. Perderemos el hilo del recto discurrir si nos detenemos a juzgarle a la luz de la ética. Es un tipo histórico-político cuya influencia autoritativa abarca la villa y el agro adyacente. Por él se expresa la voluntad de los núcleos urbanos rurales. Es el hombre de mando que forma todo grupo — familia, círculo, clan, tribu — por obra de su propia existencia y para los fines concretos de su propia existencia. Ingenuidad evidente es atribuir su advenimiento a determinada estructura económica; pues, como lo veremos a su tiempo, es un tipo esencialmente antieconómico, es decir, ciego para la percepción de los valores económicos.

Pero todo nomadismo se liga, tarde o temprano, a un proceso de colonización. La distinción entrañada en los conceptos de historia y de cultura que tenemos expuestos, no niega que ambos fenómenos — esto es, la historia y la cultura, — se fusionen en ciertas condiciones avanzadas de la vida social tanto que quepa hablar indistintamente de historia y de cultura para designar una totalidad; pero esa fusión no acontece

siempre de un modo necesario, y, en el caso de darse, no es tan absoluta que no permita percibir las notas y la permanente influencia de las corrientes que la integran. El heroísmo conquistador es una fluencia vital que lleva en sí misma la ley de la forma. Las proclividades sedentarias de la agricultura y de la ganadería y el laboreo de las minas tienden a la cultura y se resuelven en ella en la medida en que ganan la seguridad que les procura y depara el poder político. El poder político armado trabajó, en nuestro caso, directa o indirectamente, en la acentuación de la vida urbana y la vida urbana, a su vez, respondió expresándose en los productos de la ciencia, del derecho, del arte, de la religión, de la técnica y de la economía. La Iglesia, sometida al trono por la rigidez de un patronato severo y celoso, colaboró en este proceso de sedentación con toda la eficacia de su poder de coordinación probado y avezado en la obra de domesticación y de encauzamiento por vías culturales del ímpetu heroico nómada del medioevo europeo. Encargada de la educación, legisló sobre lo que podía ser materia de conocimiento, y ejerció la censura de los textos de lectura, de la conducta y de las costumbres de las gentes. Así y todo, tan vigoroso era el sentido nómada (histórico) de las poblaciones del Nuevo Mundo que la Iglesia misma necesitó adoptar actitudes poliarcéticas, esto es, nómades, para acomodarse a las especiales condiciones impuestas por el pulso vital que realizó la conquista. Sin ellas, acaso hubiera sido negada o contradicha en sus propósitos sedentarios, como lo fué en más de una ocasión, en la propia España, según se colige de episodios tales como los que provocó el prototipo nómada heroico que fué el Cid. El fracaso de la Inquisición, en América, es ya un testimonio de la aversión nativa a todo lo que significa un intento de dogmatización del sentido vital. Los libros prohibidos entraron a las posesiones hispanas, y entraron subrepticamente por vía de contrabando, disimulados con las apariencias de mercancías de ley, en las bodegas de los barcos de ultramar. Parejamente a lo que aconteciera en España, durante las guerras de la Reconquista, nuestros centros urbanos — ciudades y villas — crearon espontáneamente sus hábitos, sus fueros y sus leyes propias y acentuaron los localismos diferenciadores que fueron, por esto mismo, los progenitores del enérgico espíritu de autodeterminación que distingue a nuestro comunismo.



Cuando, ya completada y concluida la empresa de la conquista, los centros urbanos se definieron como tales a virtud del acuerdo del nomadismo conquistador con el sedentarismo colonizador, cobraron la fisonomía peculiar de los pueblos en los que la historia se inserta en la cultura, y, por eso, su rasgo sobresaliente fué el de la coexistencia del "hombre histórico" con el "hombre jurídico". Estos dos tipos de hombres — definidos por la historiografía de Koigen, — productos de una misma entraña nutricia, encarnaron las dos corrientes antagónicas que se disputaron la preminencia en la tarea de la organización política, al día siguiente de la declaración de la independencia.

Viendolo bien, la decisión de ser libres del poder de la metrópoli no fué obra de la influencia de la cultura extranjera — ya se trate de la que afectó a España, por causas diversas, entre otras, la intromisión de dinastías no hispánicas en el gobierno peninsular, ya se trate de la que entró a América a favor del disimulo en las bodegas de los barcos mercantes. Con todo y ser cierto que esa influencia no careció de eficacia, sobre todo, después que se mostró la impotencia del gobierno central, es evidente que el gesto de la emancipación procedió del propio fondo nómada realizador del descubrimiento y de la conquista. Cecil Jane atribuye la independencia, por una parte, al hecho de que los soberanos españoles habían dejado de ser fieles al sentido histórico de la hispanidad, y, por otra parte, al amor a la eficiencia que constituye una nota típica del genio hispano; pero esta explicación, cuyo mérito consiste en la introducción de un ingrediente psicológico en la comprensión de lo político y de lo económico, no recalca como debe la parte preponderante que cupo en la decisión al nomadismo conquistador, mejor dicho, a esa decantación de su alma que llamamos lo "facúndico". Fué este fondo heroico, siempre vivo en las comunas nacidas a virtud del proceso que queda someramente señalado, el que, en la hora incierta de la acefalia gubernativa metropolitana, levantó el pendón de la independencia y lo hizo triunfar en los campos de batalla. Para ello, ese fondo heroico no necesitó convertir en motivos determinantes de su actitud las circunstancias que señala el historiador inglés: el suyo fué un acto que estaba ya en la propia voluntad del nomadismo conquistador. Tarde o temprano teníamos que ser libres y esto había de acontecer no por incitación de coyunturas circunstanciales sino a virtud de la propia tesitura voluntarista heredada de la hispanidad.

Pues, hay que hacerse cargo de que esa tesitura voluntarista es algo que continuamente está en trance de heroísmo creador, es decir, histórico. En trance de historia antes que de cultura. Esta radical actitud ofrece ya una explicación de la inveterada preferencia del genio español por los ideales ecuménicos — el de la propagación de la fe (de la fe sin teología), en primer lugar — y de su escaso apego a

los fines relativos inherentes a la ciencia, a la técnica y a la economía. Pero no por ello se detiene en una ciega veneración de la fuerza, como cree Jane. Ni se resuelve tampoco en una fanática adhesión a la libertad. La vida comunal que el genio español creó en España y trasplantó en condiciones propicias en suelo americano, es una expresión política del voluntarismo místico cuyo profundo sentido laico es la veta menos atendida por los estudiosos. Es tanto más enérgica y acentuada cuanto más fuerte es la fluencia vital que la trae. Es tanto más eficiente, (plenitud de poder), cuanto más libre el ímpetu heroico que la procrea. Por eso es que a la intensidad heroica que fundó nuestras ciudades y villas correspondió una estructura política hecha de libertad y de fuerza, que, necesariamente, debió colocarse y se colocó por arriba de todo otro poder cualquiera que fuese. Como todo grupo étnico que alcanza las dos notas esenciales de su íntima estructura — amor y poder — nuestras comunas nacieron bajo el signo de la independencia. Nuestra voluntad histórica — la que vimos aflorar en el Mayo de la rebelión — es, pues, algo que está en la entraña de la comuna.

Nuestra independencia — repitémoslo — fué una empresa comunista. De la misma manera, fué la comuna la condición de la unidad nacional. Pues, por razones semejantes a aquellas en virtud de las cuales la unidad política conseguida por los Reyes Católicos no pudo realizarse sino mediante las comunas fundadas por el tesón heroico de la Reconquista, la unidad política argentina, lejos de ser obstaculizada por las comunas y por los caudillos engendrados por ellas, fué la obra de su voluntad histórica radical.

¿En qué medida nuestra unidad nacional ha sido fiel a esa voluntad histórica radical? Ya hemos dicho que, en el cumplimiento de esa unidad, — ¡en la medida en que la hemos logrado! — intervino una corriente cultural encarnada en el tipo sedentario formado en el propio seno de nuestra comuna. Esa corriente no prescindió, en sus faenas iniciales, de la voluntad histórica radical. No pudo llegar a tanto aunque, a veces lo pretendió en sus veleidades monárquicas; pero se detuvo en enunciados federalistas desvirtuados cautamente en la carta fundamental por una calculada primacía otorgada a un centralismo desligado del contralor de lo comunal. La repuesta que exige — hoy, en pleno predominio de la tendencia centralista, que ya parece haber renunciado a todo inútil escrúpulo y opera en un franco afán de conducirnos a un imperialismo argentino, ¡en el momento en que periclitán todos los imperialismos! — el interrogante propuesto envuelve una tarea más honda: la tarea de saber cómo y por qué un pueblo dotado de propias posibilidades históricas puede renunciar a sus esenciales elementos para asumir una fisonomía ajena y, por ajena, falsa y artificiosa. Importa saber, en otras palabras, por qué una determinada constitución social se ve precisada a someterse a los moldes de una constitución política elaborada con conceptos extraños a su fluencia vital. Una respuesta de tal índole solo puede darla una disciplina espiritual que se ocupe de la formación y de las leyes de una etnopolítica, de una ciencia del pueblo. Esa disciplina está en sus comienzos¹⁹, — signo inequívoco de que su problemática comienza a ser la problemática viva de nuestro tiempo — Pero, por lo que tiene ya realizado, cabe afirmar que nuestros errores políticos provienen de una defectuosa interpretación de nuestra historia comunal, de un equivocado concepto de lo que es su voluntad histórica y de una evidente incompreensión del hombre que la ha servido y la seguirá sirviendo: el caudillo.

19. Sobre este tema versará nuestro ensayo en preparación "El concepto de lo político"

20. El único esfuerzo de sistematización que conocemos es el de Max Hildebert Boehm, Das Eigenständige Volk-Göttingen, 1932.; pero presumimos que otros no tardaran en seguirle.

Tribulación Ministerial

El Ministro de Obras Públicas de la Provincia se acaba de percatar de una inesperada repercusión del famoso Tratado de Londres sobre la pequeña industria pecuaria local. En la nota, de reciente fecha, en que se da cuenta de la *trouvaile* al gobierno central, el Ministro describe en los términos siguientes nuestra situación en la materia, muy diversa por cierto de la situación de las grandes estancias de Buenos Aires, cuyos intereses son los que se han tenido en cuenta en la convención Roca - Runciman:

"El régimen de la explotación ganadera en toda la provincia, desde la gran estancia con sus rodeos refinados, hasta el modesto chacarero que cría algunos animales vacunos y porcinos para la venta en el mercado local, tiene diferentes formas de explotación,

en su mayoría supeditadas a las ventas en detalle de ferias y mataderos regionales. Toda esta organización abarca y comprende un núcleo ponderable de trabajadores rurales y urbanos que giran en su órbita económica alrededor de los mercados de carne locales. El productor — estanciero, chacarero o granjero — enajena rápidamente el ganado en condiciones de venta, en cualquier cantidad disponible, al matarife local; éste faena y distribuye el producto entre los carniceros, quienes son los agentes distribuidores del público. En toda esta transformación de la mercadería intervienen una serie de factores en el trabajo, que dan ocupaciones a los obreros radicados en el lugar, estableciéndose así una vasta organización que no solo absorbe fácilmente en el consumo interno una gran parte de la producción local de hacienda, sino que mantiene en actividad a los gremios obreros dedicados al comercio de carne."

Pero ahora resulta que, por virtud de la nueva organización del comercio de carnes, cuya vigencia se viene acentuando desde la firma del mencionado tratado, las empresas frigoríficas se aprestan a destruir el sistema descrito para suplantar por uno que, poniendo a merced de los intereses capitalista británicos la suerte de los granjeros y de todos aquellos que trabajan en el radio de las actividades del pequeño productor, nos traerá un dislocamiento cuyas consecuencias son ya previsibles y de las que se hace cargo la nota ministerial. La nueva organización centralizada, mejor dicho, trustificada bajo el disimulo de recursos abogadilmente dispuestos para eludir tropiezos punitivos, se incauta del manejo de toda nuestra ganadería. Para ello sacrifica la pequeña producción porque no conviene a su técnica, y a la influencia que se oculta detrás de su pabellón y, eslabonando el comercio interno de carnes a la reglamentación externa, nos somete a los engranajes de la máquina manejada desde Londres. Pronto nuestros hogares serán servidos directamente por los frigoríficos y desde ese momento todos pagaremos directamente tributo al extranjero.

En la calma doméstica y anodina de nuestro tiempo provinciano, la amenaza considerada por el Ministro de Obras Públicas ha pasado desapercibida, desapercibida, como todo los acontecimientos locales; pero no por ello deja de destacarse como un síntoma del sesgo que nuestra política trata de imprimir a la economía nativa. La actual organización del comercio interno de carnes está condenada a desaparecer.

¿Que suerte cabrá a nuestros trabajadores — esos granjeros pagados de la fácil prédica gubernativa que exalta las virtudes de las labores agrícola ganaderas de la granja y de la parcelación de la tierra? El gobierno solo sabe responder diciendo que la ley 11.747 contiene el remedio previsor al riesgo percibido por el Ministro cuando señala la conveniencia de fundar frigoríficos regionales. ¿Quien los fundará? ¿El Estado? ¿Para competir con el gran capital bajo cuya influencia se ha firmado el tratado? Todos sabemos a qué atenarnos a este respecto.

Lo único cierto es que la tribulación de nuestro Ministro es un claro anuncio de lo que nos va a costar, a corto plazo, el desacierto de nuestra política y la evidente incapacidad de nuestros gobernantes para manejar el fondo económico de la nación.

Las previsiones que hombres entendidos en la materia, tales como el doctor de la Torre y los señores Irazusta, formularon, en su hora, al Tratado de Londres, se van cumpliendo con una exactitud inquietante, al amparo de la apatía, tan inexplicable como cómplice del pueblo argentino. Nos atenace ya la ley del extraño, y, a virtud de la inerme entrega de nuestra riqueza, somos ya poco menos que el dominio inglés a que aludiera la frase, desdichada, pero, en el fondo, no exenta de verdad del vice-presidente de la República.

Por la Paz Americana

El Comité Pro-Paz ha publicado, hace pocos días, un manifiesto en el que denuncia, ante los pueblos americanos, los móviles imperialistas de la guerra del Chaco. En justas y serenas palabras, atribuye la contienda al antagonismo de los intereses materiales

del capitalismo internacional, que la han encendido y la sostienen disputándose la primacía en Sud-América.

«La guerra del Chaco — afirma — es un mero episodio de esos antagonismos mundiales. De una parte, el llamado ya "bloqueo del Pacífico", expresivo de la penetración financiera de Estados Unidos sobre los países tributarios del Canal de Panamá. De otra parte la Argentina, solitaria, baluarte del capital inglés que mantiene sólida hegemonía sobre el sistema del Plata. El pacto Roca y nuestra reciente legislación y política financieras, señalan la importancia y los límites de aquella influencia. Desde estas posiciones se está trabajando para el incremento de la guerra, la cual, a pesar de estar exhaustos los beligerantes, continúa. ¿Por qué? Porque no es, en rigor, una guerra entre Paraguay y Bolivia. Precisamente por que estos países han llegado al límite de su resistencia, es por lo que la guerra continúa, con o sin conferencia de neutrales. Es por eso que el juego hábil e inescrupuloso de los imperialismos rivales pondrá ahora en movimiento los resortes precisos que desencadenarán la guerra continental, indispensables para sus objetivos».

Este documento adelanta una prueba incontrovertible de nuestra auténtica vocación en materia de política internacional. Es un testimonio espontáneo y responsable. Como tal, exige que los pueblos continentales nos juzguen por su contenido y no por la actitud de la diplomacia. Desde hace tiempo, sensiblemente desde que la guerra europea dió al traste con las armazones estatales de tipo imperialista y rompió el instrumento de acción del capitalismo, nuestra política aspira a recoger la herencia de un cesarismo mero y simple, hecho de agresión y de fuerza, para servir de reducto al capitalismo fugitivo de la debacle.

Esa política no es nuestra política. Nunca la Argentina aspiró a perfilarse como Estado de presa. Ni lo necesita, ni el serlo está en su naturaleza. Los errores de los hombres que desempeñan el mando a virtud de circunstancias que consideramos transitorias y que, por transitorias, aspiramos a allanar para que asuma su vigencia y su plena responsabilidad nuestra real y efectiva expresión histórica, no corresponden a nuestra inveterada tradición internacional, especialmente en lo que concierne a la comunidad de las naciones americanas.

Como reafirmación de una profesión de fe que ha sido siempre la norma rectora de nuestras acciones, el documento del Comité Pro-Paz no solo reclama de los pueblos del continente declaraciones concordes sino que invita a actitudes definidas para contrarrestar los riesgos y las acechanzas de las prevenciones y de las suspicacias que siembran los empresarios de la guerra para facilitar el éxito de sus planes.

Epístola Dialéctica

Los Infernos, Mayo de 1935

Señor

Mario Gonzalo Casas:

Como el avión postal estratoesférico llega con mucha demora a los Campos Eliseos, me he enterado con la consiguiente tardanza del articulejo que me ha dedicado en un diario de Córdoba.

Despotrica usted al amparo de una distancia que no puedo suprimir. Se expide a sus anchas. Su lengua es mas larga que mi lanza. En esto se parece a Sarmiento. Solo que Sarmiento tenía talento y usted recién está aprendiendo a tenerlo.

En trance de estricta dialéctica, adelanta usted las siguientes tesis: 1º. yo "emorracho el pensamiento de las masas"; 2º. yo soy un bandolero rapaz de horca y pernada; 3º. yo soy un egoísta ignorante que no sé nada de materialismo dialéctico, y 4º. yo estuve siempre al servicio de las fuerzas económicas feudales. Esto aparte de otras expresiones que me dedica y que considero impropias de un mozo bien educado.

Le respondo antitéticamente, punto por punto. Y digo: a lo primero: que usted es un abstemio absoluto y que no dá nada de beber al pensamiento de las masas. A lo segundo: que usted es un inocente sin horca y sin pernada. (¿Qué edad debo calcularle para no sospecharle hábitos insolidarios? ¿Cómo es que, siendo usted tan versado en la filosofía de Engels, no ha aprovechado del profundo pensamiento que el maestro formula así: "La prueba del budín consiste

en comerlo"?). A lo tercero: que usted es un perfecto solidarista, cabalmente versado en materialismo dialéctico (Yo soy un ignorante porque no tuve tiempo de frecuentar las universidades. Por lo demás, en mi época, los rectores no exaltaban todavía los "principios directrices") Y, a lo cuarto: que usted está al servicio de las fuerzas económicas capitalistas.

Si esto último no es así, peor para usted: pues tendrá que convenir conmigo en que el materialismo dialéctico es imposible. Con lo cual usted mismo no sería posible toda vez que usted no es mas que un epifenómeno del susodicho materialismo.

El general que firma lo saluda con atención.

Juan Facundo Quiroga

N. B. Hace días, lei su engendro al amigo Plejanov, que a veces, viene con el barbudo Marx a jugar conmigo una partida de truco. Se encogió de hombros y se limitó a decirme: "El adolescente en cuya barbilla empieza a salir el "vello" empieza indudablemente a tener barba; pero esto no nos autoriza a calificarle de barbudo".

NIHIL OBSTAT

Belcebú

DE TROGLODIA

DIOS ESTUVO EN CÓRDOBA

El cónclave de teólogos y de doctores *in utroque jure*, procedentes de todos los cementerios de la república, sesionaba en pleno cuando Dios y San Pedro hicieron su entrada al sub-sotano de la casa de Trejo.

Los dos vestían de paisanos. Habían acudido a la magna asamblea atraídos por la fama de la religiosidad cordobesa, deseosos de olvidar un momento las zozobras y las desazones causadas por las duras pruebas a que, en los tiempos que corren, se halla sometida la cristianidad; pero se habían propuesto visitar la ciudad santa de riguroso incógnito para eludir, si era posible, los agasajos y las ceremonias protocolares. Es presumible (San Pedro sospechó en ello) que, en el íntimo recoveco de alguna reserva mental, cierta inocente vanidad de la que nadie está exento, preguntara - ¡delicioso *avant goût!* - el divino placer de un reconocimiento imprevisto, en este caso, de inminente posibilidad en razón de la popularidad teológica universal y eterna de los visitantes; más lo cierto es que ni Dios ni San Pedro pretendían una apoteosis tan dudosa como la del Congreso Eucarístico. Confiaban en pasar desapercibidos. Confiaban en ello con tanta mayor seguridad cuanto que ya había acontecido que, por la tarde, en circunstancias en que se paseaban por la calle San Martín, una vez, tan solo una vez, oyeron pronunciar el nombre de los nombres por un mozalbete que, inclinándose al oído de una doncella transeunte, le dijo: "¡Dios mio, qué hermosas pantorrillas!" Lo cual no hubiera sucedido si el galán se hubiera podido dar cuenta de que ahí, a su lado, estaba Aquel cuyo nombre un creyente no puede pronunciar en vano. (Por más que, en la ocasión, asistía al creyente toda la razón de este mundo).

Entraron sin ser advertidos y tomaron asiento en sendos sillones profundamente versados en los latines de las posaderas sagradas.

Disertaba en ese momento un doctor grave y solemne, famoso por haber muerto en olor de santidad:

— El ilustre teólogo que me ha precedido en el uso de la palabra ha pronunciado una frase que

considero lindante con la herejía. Ha dicho: *Sein und Nichts ist dasselbe*. El ser y la nada son la misma cosa. ¿No es tanto como afirmar que Dios no es?

El aludido, que resultó ser un joven sacerdote que había hecho estudios en Fulda y en Paderborn, replicó con viveza:

— La frase es de Hegel, el filósofo que ha llevado a sus últimas consecuencias la razón exaltada y salvada de los naufragios históricos por el Cristianismo.

— ¡El diablo en el templo! Esa razón, que fundamenta el sistema de la identidad de lo idéntico y de lo no idéntico, conduce al ateísmo porque si el ser y la nada son idénticos, Dios no es. ¡Y necesitamos que Dios sea! — contrarreplicó el orador.

Y prosiguió su discurso:

— Dios es evidente: luego, existe. Es real e inteligible: luego es evidente en sí. Si no entiendo mal la doctrina del Doctor Angélico, Dios es porque la verdad es, y es porque no puede no ser. ¿Estoy en lo cierto?

— Si; según San Anselmo — confirmó una voz.

— Bien. Continuo. Si estoy en lo cierto no estoy en el error. Si no estoy en el error, Dios es porque la verdad es. Desde el fondo de los Evangelios Dios dice: "soy la verdad." Luego; no es, no puede ser la no-verdad. No podemos decir que no es porque negaríamos su atributo que es idéntico al sujeto, y, por lo mismo, evidente.

Un Dominico sobrealimentado le interrumpió:

— Si es evidente, ¿por qué no le vemos?

— A causa de nuestro conocimiento limitado y confuso — repuso el orador — Nuestro conocimiento de lo divino no es el conocimiento de cualquiera que viene a nuestro encuentro y de quien podemos decir: "este es Pedro"

El Dominico volvió a interrogar:

— Si esto es así, ¿cómo podemos demostrar que Dios existe?

— Por dos vías: *propter quid* y *demonstratio quia*. Por la causa, y por el efecto — contestó el interpelado.

Un Benedictino arguyó:

— Por *propter quid* os referis al *primus movens* de Platon. En tal caso, reparad en que una causa eterna - Dios - debe producir necesariamente un mundo igualmente eterno. Es así - premisa mayor - que el mundo tiene comienzo. Es así también - premisa menor - que tiene fin. Ergo, la causa - que aludís no es infinita.

Desde este momento, la discusión se hizo confusa y el debate perdió el orden.

— Eso es cierto: pero corresponde aplicar la segunda vía. Esta atiende al efecto. Conocemos la causa por el efecto. El árbol por el fruto.

— Luego, somos frutos de Dios.

— Dios nos trasciende.

— Entonces...?

— Sus efectos son sus nombres. Sus perfecciones.

— Una perfección es la infinitud.

— Concedo.

— ¿Como podemos saber de la infinitud de Dios a través de la finitud de sus criaturas? Del mismo modo cabe objetar: si Dios es bondad, ¿como conoceremos a Dios a través de la conducta de un Lenin que es todo maldad?

— ¡Fuera de la cuestión!

— Monseñor Napal ha dicho...

— Niego el supuesto!

— Dios no es el supremo mal. El supremo mal es Lucifer.

— Luego, Dios no existe sin que exista Lucifer. Lucifer es su condición esencial.

— ¡Herejía!

— ¿De qué serviría el bien si el mal no existiese?

— ¡A la cuestión! - ordenó, enérgicamente, el director del debate.

Un Clérigo catamarqueño pretendió retomar el hilo del tema.

Dijo:

— Lenin, con todo y ser Lenin, no deja de ser expresión de Dios.

La asamblea se estremeció de estupor. Pero el Clérigo la calmó con el gesto.

Luego trató de explicarse:

— El bien surge del mal por obra de Dios. Lenin es su hijo. Solo que, en cuanto mal, está en el extraradio del bien. Ahora no olvidemos que el extraradio es un grado de la perfección que llamamos Dios. Como el frío polar, que es el infimo grado del calor ecuatorial. ¡Me atengo a la física de Aristóteles! El Dios invisible es cognoscible por sus efectos.

— Esa afirmación encierra una herejía - interrumpió un colaborador del diario católico.

— Es de San Pablo - observó el Clérigo catamarqueño.

— Lo sé - respondió el colaborador - Pero eso no importa. Quisiera explicarme mediante un cuento de los muchos que conozco. Es mi manera y mi estilo. Un día las aves de un corral recibieron la visita de un pavo real. Ya en su presencia, se llenaron de admiración. Una gallina dijo: "Es un príncipe". Un gallo dijo: "Es un rey". Los pollos dijeron: "Algo más que príncipe y algo más que rey: ese es Dios". En esto llegó el dueño del corral conduciendo una espuerta de maíz. Las aves se abstuvieron de comer, cohibidas por la presencia del pavo real. Pero este, ni lerdo ni perezoso, se abalanzó sobre el grano y comió con extraordinario apetito. Viendo lo cual, las aves echaron a reír, exclamando: "Come maíz. Es como nosotros". Deducción: el Dios invisible de las

aves del cuento es una idea verbal de las aves y solo puede sostenerse como tal hasta el momento en que el pavo real comió del maíz.

— Pero Dios no come maíz.

— Lo comen sus ministros.

— Eso no hace el caso. Lo que importa es demostrar que el Dios invisible no puede tener efectos sin riesgo de perder su concepto. El Dios de la concepción avícola no puede mostrarse. Es en cuanto es ignoto.

— Razón por la cual - dijo un Obispo - propongo partir de la experiencia. La metodología de la teodicea, para eludir el verbalismo de la idea, exige que el congruente filosofar parta de algo susceptible de experiencia. Como toda reflexión filosófica, es experiencia, obra de experiencia, resulta absurdo hablar de la experiencia de una idea verbal. Si Dios es susceptible de conocimiento humano - y eso es lo que importa - lo será siempre a través de las manifestaciones que ofrece en la conducta de un ser humano, sensible a los atributos de un ser trascendente. El fruto de esa experiencia se llama Dios.

— Eso afirma la existencia de Dios.

El teólogo joven que hablara al comienzo, dijo:

— Como método es discutible. Pero elude el problema central. Pues, poco podemos saber de Dios si nos atenemos a esta teodicea de base empírica que nos remite a buscar a Dios en expresiones cotidianas como ésta: "¡Dios mio, qué, hermosas pantorrillas!", con que el Don Juan de ocasión piropea a una mujer.

— Pero advierta usted bien que es la expresión "¡Dios mio, qué hermosas pantorrillas!" va insita la referencia a un alto valor, a la suprema belleza que es Dios.

— ¿Habrá, pues, que admitir que la suprema belleza puede ascender a Dios por las pantorrillas de una mujer?

San Pedro se levantó indignado. Con un gesto invitó a su compañero a salir, y dejó oír la voz que le sirve de megáfono de los mundos:

— ¡Mientras más discutís en torno a Dios menos sabéis de Dios!

— ¡Viva Dios! - fué la respuesta estentórea de todos.

San Pedro gritó más fuerte:

— ¿Le reconoceríais si os lo mostrase en este momento?

— ¡Al punto!

— Hélo aquí. ¡Comedlo! - exclamó, señalando a Dios.

Entonces los presentes se dirigieron a Dios preguntándole:

— ¿Eres Dios?

Dios no respondió.

Pero todos tornaron a preguntarle, acuciosamente, tomándole de las ropas, como los escribas a Jesús, en el Pretorio:

— ¿Eres Dios?

San Pedro habló:

— Es silencio.

Entonces los teólogos y los doctores *in utroque jure* se volvieron a San Pedro preguntando:

— Y tu, ¿quien eres?

— Pedro soy.

Una carcajada inmensa, una carcajada escapada de seculares meandros freudianos, acogió la respuesta de San Pedro, llenó la caverna y el sotano y los claustros y los patios y rodó como un torrente de risa liberada por las calles dormidas en la noche de Dios.

— ¡Locos!

— Locos de remate!

Momentos después, Dios y San Pedro, metidos en un taxi, rodaban hacia la Clínica de Reposo. Al llegar al puente de Las Rosas, el motor sufrió una panne. Dos canillitas se aproximaron. Movido de curiosidad, uno de ellos fué a abrir la portezuela cuando sobrecojido de repentina emoción, llamó a su compañero con una voz que no era la suya:

— ¡Milonguita!

— ¿Qué?

— ¡Dios!